



**Monseñor Victor Manuel
Sanabria**

N. 1899 — M. 1952

“Si todos los costarricenses hubieran puesto oído atento a su voz en el año de 1948, se habría salvado la paz, se hubieran afianzado las instituciones, y no se hubiera derramado una sola gota de sangre costarricense”.
Otilio Ulate.

Nació el 17 de enero de 1899 en San Rafael de Oreamuno, Cartago, sétimo hijo en el hogar formado por don Zenón Sanabria Quirós y doña Juana Martínez López. Hizo sus estudios para seguir la carrera sacerdotal, en el Colegio Seminario de San José, y los completó en Roma, en el Colegio Pío Latinoamericano, donde obtuvo dos doctorados y se distinguió por el talento y la capacidad de estudio. Al regresar al país, fue nombrado sacerdote en San Ignacio de Acosta; poco tiempo después, Monseñor Rafael O. Castro, conociendo las dotes del padre Sanabria, lo llamó a su servicio como secretario de la curia, en el 1925. Al mismo tiempo fue profesor en el Colegio Seminario y capellán del colegio de Nuestra Señora de Sion. En 1935 tomó posesión de la Canonjía Teologal del Venerable Cabildo Metropolitano. En 1936 fue nombrado Vicario General de la arquidiócesis y dos años después se hizo cargo del obispado de Alajuela.

Al ocurrir la muerte de Monseñor Castro, en 1940, fue nombrado Monseñor Sanabria arzobispo de San José, dignidad en la que permaneció doce años, hasta el día de su deceso, el 8 de junio de 1952.

“Fue un caso excepcional el suyo, —dice don Abelardo Bonilla—, por su intachable condición moral, por su capacidad de trabajo en la investigación histórica, por su intelectualismo —no obstante su origen campesino y agrario— forjado en las rígidas disciplinas teológicas y por su pasión, no velada cuando se trataba de interpretar los temas religiosos, pero vertida con generosidad y espíritu de servicio cuando se trataba de la actividad política, en la que intervino antes y después de los sucesos revolucionarios de 1948”.

Y don Joaquín Vargas Coto, en el novenario de la muerte de Monseñor Sanabria, escribió: “Este prelado que acaba de morir, el más luminoso espíritu de nuestro clero nacional en todos los tiempos, pasó muy crueles horas de martirio y bebió amargas hieles. Sólo que su espíritu fuerte permaneció sereno y ecuánime en todas las pruebas, sin que desmayara un momento su fe, sin que su conciencia le reprochara culpas ni imprudencias, sin que se borrara de su faz la sonrisa franca y suave con que acogía los días y sus trabajos. Porque los dardos le llegaron de todos lados: en veces de la izquierda, en veces de la derecha: por el frente algunos, otros por detrás, y desde donde menos podía sospecharlo, que alguna vez contra él armaron las ambiciones mal contenidas sus tramas habilladas. Lo habían hecho grande su vocación, su inteligencia, sus personales y ejemplares virtudes. Cultivando su espíritu en severas disciplinas alcanzó el galardón de justos premios desde que era estudiante y coronó su carrera con

(PASA a la Pág. 16).

El Día Histórico

(VIENE de la Pág. 15).

el brillo de los elegidos.

Hecho sacerdote, sirvió con celo el ministerio, desde la modesta parroquia hasta la prelado. Se impusieron, por derecho propio, sus cualidades morales e intelectuales que desde el primer momento lo singularizaron. Pronto el padre Sanabria fue orgullo de nuestro clero. Quienes le oyeron exponer notaron en seguida la superioridad de su inteligencia. Quienes leyeron sus escritos aquilataron su cultura. Inteligencia, cultura, superioridad intelectual y devoto trabajo realizado con fe y sin desmayos, en seguida le abrieron las puertas de los planos más altos en los que se le acogió con beneplácito. Las Academias de la Lengua y de la Historia lo incorporaron a sus cuerpos orgullosas de contarlo en su seno. Sus obras publicadas y las que deja inéditas, tesoro invaluable del historiador, son el crédito indiscutible de la altura superior de su cultivado talento. No quiso el cielo que la existencia de Monseñor Sanabria, que pudo haber tenido mayor complacencia y dar mejores frutos en un ambiente apacible, sereno, como sin duda lo apeteciera su espíritu de trabajador benedictino, de lector atento, de historiador y de investigador, pasara en la calma de un tiempo reposado. Se aborascaron las aguas de la política nacional, se agitaron turbulentas las olas y chocaron con estrépito sobre los propios muros del Palacio Arzobispal. Pudo haberse encerrado en su torre, pudo haber clausurado las puertas de su mansión y hacer sordos oídos a los clamores. Pero ensordecía la tormenta de las mundanas corrientes de política y luchas sociales, y en ellas estaban sus propios hermanos, las ovejas de su rebaño, la grey que había sido puesta bajo su responsabilidad. Eran los costarricenses quienes luchaban y se agitaban, y nadie tan íntimamente costarricense como él, nacido en el pueblo llano, adherido a ese pueblo por siempre, hasta el fin de sus días. No podían serle indiferentes las congojas de todos los suyos y a ellos fue, en toda ocasión, con un ramo de olivos en la mano y la palabra paz en los labios. Todos sus empeños, que merecieron tan diversos y excesivos juicios de unos y otros, según lo vieran los encontrados intereses de los grupos apasionados, se dirigieron hacia un ideal más alto que lo pasajero, hacia un punto más sólido que lo deleznable, hacia la eternidad del amor fraternal de los hombres, hacia la permanencia de la justicia en las sociedades, hacia la dulzura de la paz fecunda de los pueblos...

modesto que fue Monseñor Sanabria, bajo el signo de la cruz, que él abrazó con tan acendra-

Hoy descansa en su propia tierra campesina el sacerdote tan grande, tan sencillo y tan